

rosadas, la andaluza de catorce años, Pepa...» De aquel contacto, breve pero íntimo, con España, conservará su afición por las palabras sonoras y los sentimientos enfáticos<sup>1</sup>.»

Retomada la temática española al hilo del viaje entre cultural y periodístico realizado por Hugo en compañía de una de sus incontables inspiradoras durante el verano de 1843 por tierras del País Vasco y Navarra, otra vez el afecto por los hombres y paisajes peninsulares acude a la pluma de Maurois, en sintonía perfecta con los escritos fechados en España por *Olimpio*, su héroe<sup>2</sup>.

Otra gran figura del romanticismo galo, el mayor de los Dumas, realizó cuando dicho movimiento iba ya de capa caída un viaje al ardiente sur. El torrencial Alejandro Dumas atravesó, pletórico de facultades físicas y literarias, la vieja piel de toro de un extremo a otro, del Bidasoa a Cádiz, camino de Argelia, donde lo solicitaban nuevos lances y aventuras inesperados y deseados para su polifacético curriculum. Y naturalmente, desde Irún a la ciudad de Hércules, la pluma de su avezado biógrafo le acompaña, bien que muy selectivamente, con salpicaduras de ingenio e ironía inimitables<sup>3</sup>.

Más vibración quizá que en esta obra sobre los Dumas alcanza la referencia a España en otra de las obras maestras del académico francés, que hizo, por ejemplo, las delicias de un lector tan perspicaz y ávido como De Gaulle, en plena tormenta de *l'Algérie Française*<sup>4</sup>. En la vida azacaneada y turbulenta del vizconde de Chateaubriand, como en la de Víctor Hugo, el itinerario español marcó huella.

Regresado de sus inolvidables experiencias de Esparta y los Santos Lugares, la tierra de los Abencerrajes penetró hasta el hondón del alma del hidalgo bretón, convirtiéndose allí en numen de meditaciones y escritos. La andadura del vizconde sería la opuesta a la del autor de *Los tres mosqueteros*. Conquistado por Granada —incomparable marco

<sup>1</sup> Olimpio o la vida de Víctor Hugo, Barcelona, 1970, VI, 40-2 y 46-7.

<sup>2</sup> «A pesar de la oposición de Adèle, Juliette Drouet disfrutó, el siguiente verano, «de su pobre y menguada felicidad anual», que aquel año tomó la forma de un viaje hacia el sureste y a España, que debía evocar en Víctor Hugo recuerdos de su niñez y curarle de este modo de la tristeza que en París parecía envolverle desde el mes de febrero [...] sin embargo, la primera carreta de bueyes española, con su horrible traqueteo, le proporcionó súbitamente una dicha fulgurante. Los queridos recuerdos de la infancia encontraban de nuevo el soporte de una sensación presente [...] Irún le decepcionó. Le pareció muy semejantes a las Batignolles. «¿Dónde está el pasado? ¿Dónde está el poema?». Fuenterrabía le había dejado una impresión luminosa; una pequeña ciudad de oro con un campanario puntiagudo, en el fondo de un golfo azul; no encontró más que un hermoso burgo en una planicie. Los paisajes habían envejecido lo mismo que él. Pero España le encantó, igual que la primera vez, por su lengua, sus mujeres delicadas y su naturaleza, agreste. «Este es un país de poetas y contrabandistas». Ibid., 364-65.

<sup>3</sup> «El viaje a España de aquellos cuatro mosqueteros escoltados por un Grimaud negro, resulta tan divertido como una novela. Una corrida de toros ocupa cien páginas de la narración. Marquet se desvaneció a la vista de la sangre; Alejandro II no lo aguantó mucho mejor y pidió un vaso de agua. Se lo llevaron: «Vertedlo en el Manzanares», dijo, «que bien lo necesita». Porque había visto el río seco. Por las noches, en los albergues, posadas o paradores, los combates con los hoteleros eran dignos de Cervantes. Un cuadro de danzas españolas posee todo el encanto de lo mejor de Gautier. Padre e hijo soñaban con balcones, guitarras, dueñas y bellezas atrevidas. Alejandro hijo tuvo más de una aventura y las puso en versos que dedicó a Conchita o Ana-María. En los versos hacía rimar, según la tradición de Musset, Andalousie con jalousie, y Cordoue con joue.» Los tres Dumas, Barcelona, 1968, V, 258

<sup>4</sup> Cfr. Lacouture, J., De Gaulle, 3. Le souverain. 1959-1970. París, 1986, 22. «Michel Debré, dio una fiesta en el palacio de Chaillot, para las obras de la Cancillería. El general de Gaulle asistió a ella. En el entreacto, me hallaba en el salón de descanso cuando el general se acercó a mí.

—¡Ah, Maurois! —me dijo—. Me alegro muchísimo de verle por aquí. Acabo de releer su Chateaubriand. ¡Qué hermoso libro! ¡Y qué gran hombre!». Maurois, A., Memorias. Barcelona, 1971, 452-3.

romántico, geográfica y literariamente— la porosa retina de «Athala y René» captó otras escenas de gran valor social y psicológico en su travesía hispánica. Pero ninguna de ellas le impactó con la fuerza de las acopiadas en el antiguo reino nazarí. También aquí el consabido influjo del biografiado sobre el biógrafo se ejerció sin distorsión alguna y Maurois llegó a pensar, como su héroe, que pocos países podían encontrarse con una veta romántica más anchurosa que España.

Muy pocos años después de la experiencia hispana de Chateaubriand se verificó la de otro dios del Olimpo romántico, despiezado corporal e ideológicamente por Maurois. El cantor de *Childe Harold* conocería tan sólo la España romántica por excelencia, la única que podía andarse, en el estío de 1809, por un inglés antes de que la marea de los «uniformes azules» inundase hasta el mar de Cádiz el mediodía peninsular.

Si la visita a Sevilla fue rápida, sería moroso el recorrido por Cádiz, rompeolas de toda España en aquellos momentos y espejo ciertamente incomparable de la idiosincracia de la región<sup>5</sup>.

De otros dos grandes ingleses del siglo XIX, de Shelley, riguroso coetáneo y perteneciente, en gran medida, al mismo linaje espiritual que el combatiente de Misolonghi, y Disraëli, de una generación posterior a Byron y de existencia mucho más dilatada cronológicamente, se ocupó igualmente el pincel de uno de los más grandes retratistas de la literatura contemporánea. Sin embargo, pese a que ambos incluyeron en su viaje por el continente el itinerario español —el del primer ministro victoriano muy semejante al del provocador de la aristocracia londinense—, la paleta de su biógrafo no lo registró con el cuidado que el de otros héroes de su galería<sup>6</sup>.

En ésta ocupó un lugar no desdeñable la semblanza de Lyautey. La psicología de aquel soldado de excepción intrigó a tan experto buceador de almas como Maurois,

<sup>5</sup> «De Lisboa a Sevilla fueron a caballo. El camino estaba bordeado de cruces: cada una recordaba a un muerto. Encontraron a un prisionero y dos espías que eran conducidos a Sevilla para ser ahorcados. Había en aquel espectáculo del mundo, en donde la muerte y el amor surgían a cada paso, sentimientos de bravura y de sinceridad, que iban directamente al corazón de Byron». Lord Byron, *Barcelona*, 1988, 117-8.

<sup>6</sup> Lo que no hiciera Maurois lo cumplió muy ajustadamente un ensayista español injustamente olvidado: «Hacia 1830, su salud no era buena. Y seguían atrayéndole los viajes, sobre todo a tierras meridionales. Oriente, Italia iban a ser las regiones que visitara con su amigo Meredith. Tal vez no llevaba intención de detenerse en España, aunque es probable que pensara en ello. No en balde este país era la Meca de los románticos y no dejaría de influir en él su admiración por lord Byron y sus relaciones familiares. De todos modos, este viaje de 1830 fue un suceso capital en su vida que dejó huellas en toda su posterior carrera literaria y política. En la primavera de 1830 desembarcaba Disraëli en Gibraltar [...] El gobernador se comportó con nosotros con gran amabilidad. Nos invitó a comer, y él mismo nos propuso una excursión a la sierra de Ronda, un distrito montañoso, salvaje, lleno de los más bellos escenarios y... de insectos.

Volvíamos ayer de la excursión, que nos empleó una semana, completamente satisfechos. La comarca por la que viajamos está totalmente llena de bandidos y contrabandistas. No hacen violencias a nadie, pero os vacían los bolsillos [...] Disraëli, que había llegado a Gibraltar sin propósito decidido de viajar por Andalucía, quedó tan encantado de la excursión a Ronda que decidió visitar algunas ciudades andaluzas. Vio, en efecto, Cádiz, Sevilla, Córdoba y Granada. Había llegado a Gibraltar vestido a lo dandy, con dos bastones de caña, que no soltó en todo su viaje. Pero hay memoria de que el traje español le encantó.

Cádiz le pareció «brillante más allá de toda expresión». «La bella Florencia —escribió— es cosa sucia y triste comparada con Cádiz. Las blancas casas y las verdes celosías relumbran al sol. Figaro está en todas partes; Rosina en todos los balcones.» Cardenal de Iracheta, M., *Comentarios y recuerdos*, Madrid, 1972, 66-68 y 69-70. No recoge el testimonio de ninguno de los autores citados en este artículo. Morales Padrón, F., en su trabajo «La imagen de España y Sevilla en los viajeros del siglo XIX», en *Varia Sevilla*, Sevilla, 1986, 123-142.

que acabaría por consagrarle uno de sus estudios. El viaje realizado desde Algeciras a Hendaya con parada y fonda regia en Madrid en los inicios de la primera guerra mundial mereció una descripción relativamente puntual de su entusiasta estudioso, aunque, como es natural dadas las circunstancias y el carácter del constructor de gran parte del Marruecos moderno, las impresiones de la mencionada estancia no atrajeran la curiosidad de Maurois<sup>7</sup>.

Ésta sí se sintió estimulada —y mucho— por la recepción auténticamente triunfal dispensada por España a una de las últimas figuras delineadas por la pluma del gran ensayista y biógrafo. El Dr. Marañón gustaba de aludir en el último tramo de su fecunda existencia al clima auténticamente apoteósico que rodeó la venida a nuestro país de Sir Alexander Fleming, en la primavera de 1948. Con imparcialidad y justicia Maurois extractó pasajes muy expresivos de ello del *Diario* del descubridor de la penicilina; y se suma con agrado y justeza al emotivo agradecimiento con que el flemático y calmoso escocés mostró su reconocimiento a la acogida de las gentes de Barcelona, Madrid, Toledo, Córdoba, Sevilla, Jerez....

«En conjunto había hecho un viaje parecido a las *Mil y una Noches*, pero muy fatigoso ya que no pudieron descansar ni un instante»<sup>8</sup>.

España o el romanticismo. Así podría sintetizarse la visión que de la península más occidental del viejo mundo tenía uno de sus más ardientes amadores. En efecto, todos los personajes a través de cuyas biografías se acuñó la imagen literaria de España por André Maurois se elevan como figuras cimeras de aquella gran corriente cultural de la Europa decimonónica, ya que si nos atenemos a la imagen más vulgarizada del concepto romántico como hombre —o mujer— generoso y soñador, el mariscal Lyautey y el doctor Fleming pueden y deben incluirse en dicha tipología.

Al edificar con tales materiales —los más proclives al tópico— la imagen de España, el autor de *Los silencios del coronel Bramble* se alineaba en el surco trazado por casi todos los hispanistas e hispanófilos de su misma nacionalidad. De grado o por fuerza, España tenía —y aún podríamos decir que debe tener en la actualidad— que responder al estereotipo de un país penetrado por la pasión y el ardor y, hasta cierto punto, orillado de los caminos de la modernidad, para solaz y pasto de almas exquisitas o atormentadas.

Esta visión no satisfará a gran número de los nacidos en el país romántico por antonomasia, que pensarán en lo desenfocado y distorsionado de la imagen, torcedora de la verdadera comprensión de su patria y entorpecedora del cabal entendimiento entre ella y otros pueblos. Mas al historiador sólo cabe constatar su vigencia en extensos sectores del mundo occidental sobre los que la obra de André Maurois proyectó una gran fuerza configuradora de su universo mental. Agrade o no, de ella habrá que partir para sustituirla, matizarla o ampliarla.

<sup>7</sup> Lyautey, *Barcelona 1971*, VIII.

<sup>8</sup> La vida de Sir Alexander Fleming, *Barcelona, 1970*, VI, 1.491.

En el umbral de una nueva edad para el diálogo y la comunicación entre los pueblos de la vieja Europa el conocer lo que ha sido es premisa indispensable para saber lo que se quiere ser.

José Manuel Cuenca Toribio  
y Soledad Miranda García

## Jean Cocteau (1889-1989)

Casi parecía un hombre del Renacimiento; poeta, novelista, dibujante, actor, guionista, pintor, dramaturgo, aficionado a la música (fue animador del «grupo de los seis» del que participaban Milhaud, Honegger, Poulenc, Georges Auric, Durey y Tailleferre), ensayista, coreógrafo implícito en *La belle et la bête*, y, por supuesto, director cinematográfico. Esta versatilidad creadora, que implicaba tal vez cierta superficialidad, no excluye su importante papel como animador y sugeridor de innovaciones estéticas. Participó de todas las vanguardias y en todas dejó una huella más o menos importante.

Después de la primera guerra mundial, inspiró ballets (era amigo de Diaguilev) y el programa musical del *Group des six* que rompía entonces con el impresionismo. Participó —sin pertenecer del todo a ellas— de las vanguardias literarias dadaístas y surrealistas. En literatura, quizá no es lo mejor su poesía, pero sí su permanente actitud poética. Destacan sus famosos aforismos sobre la vida y el arte (como en *Llamado al orden*, 1926). En el teatro su obra fue importante. Utilizó las leyendas antiguas como en *La máquina infernal* (1934) donde reelabora el mito de Edipo y la saga medieval en *Los caballeros de la mesa redonda* (1937), pero también trató temas modernos, como en *Los padres terribles* (1938). Para muchos su libro más profundo es la novela *Les enfants terribles* (1929), sobre una hermana y un hermano que viven reclusos en una habitación que transforman en un refugio «que hace las veces de un claustro materno».

Como toda su generación, fue atraído por el cine, al cual, como dice Georges Sadoul, se entregaba como a un diario íntimo: «la confidencia de sus obsesiones y de sus continuas investigaciones». El cine era —como escribe el mismo Cocteau— una de las formas de expresar «el personaje desconocido que vive en mí». Las películas que dirigió, desde *Le sang d'un poète* hasta *Le testament d'Orphée* participan de ese testimonio personal.